

vivan de la caridad o mendicidad pública y relegados al último escalafón en el seno de nuestra sociedad, mientras que los que nada hacen, sino deshacer la Patria, viven en la extravagancia y en el despilfarro más desbordantes.

Necesario es solamente un ligerísimo examen para palpar vis a vis, lo impráctica, cabalística, pirotécnica y deficiente que es la instrucción que damos en Colombia. Basta ver, qué somos capaces de hacer los colombianos en casa con la instrucción que recibimos, y en qué aprietos nos vemos para hacer uso práctico siquiera en algo de ella, cuando residimos en aquellos pueblos «que enseñan para la vida y no para la escuela solamente». Basta observar en manos de quiénes han estado y están aun muchos de nuestros centros de enseñanza más notables; quiénes fueron sus fundadores; con qué fines fueron éstos fundados, y qué han sido capaces de hacer—con muy raras excepciones—los batallones de togados, licenciados y sabios que salen de estas aulas conventuales, en pos de vida y con sincera determinación de trabajar en bien del país. Pero, como es sabido que la buena intención sola no basta, nada nuevo pueden hacer ni programa alguno de renovación y cura pueden idear e implantar, pues para concebir tales cosas y para llevarlas a cabo, una educación técnica e ideológica adecuada, un ambiente nacional propicio y gran tacto y discreción son necesarios.

Es un error muy craso creer, y esta creencia está hondamente arraigada en la conciencia del pueblo colombiano, que todo lo bueno y grande debe venir y debe ser realizado por nuestros Gobiernos y sus inmediatos voceros y agentes exclusivamente. Son muchos y muy serios los males de que padece la Instrucción Pública de Colombia, pero éstos provienen de causas comunes y bien conocidas por nuestros educadores; y tienen, por lo tanto, posible remedio y extirpación, si damos los pasos resueltamente para tal fin.

Examinamos las enfermedades de nuestro Sistema Educacionista y de nuestro Plan de Estudios, algunas veces con formal atención, buen criterio científico y psicológico y suficiente optimismo. No obstante, al hacer el diagnóstico, permanecemos indiferentes o vacilantes ante la aplicación de la medicina y el proceso de curación; y esperamos que misiones pedagógicas y técnicos científicos extranjeros, que en la mayor parte de las veces ignoran su misión y sus deberes, y compatriotas mal preparados, lo hagan todo.

Otro de nuestros errores mayores es creer que no tenemos en casa ni el médico ni la medicina; y ahogando cruelmente la abnegación, el patriotismo y el fruto intelectual de muchos años de vigilia y de privaciones de colombianos ilustres, les cerramos las puertas a sus ideas y a sus iniciativas. En cambio llamamos—a guisa de nuestros mentores y salvadores—hombres de otros países que no tienen otro objeto que el de explotarnos y observar nuestros defectos y debilidades, no para corregirlos en nuestra propia casa ni para curarnos en nuestras pobres y anticuadas clínicas intelectuales, sino para enloquecernos con sus adulaciones y sus mentidos elogios, e ir después a sus países natales a hacer de nosotros, en sus centros universitarios y sociales y en todas sus tribunas públicas, el retrato intelectual, político, económico y social más vejatorio e irrisorio que se puede concebir. Basta oír una vez estos famosos sabios y rubicun-

dos profetas, que todo nos enseñan, menos lo que necesitamos y lo que debieran enseñarnos, y basta ojear ligeramente uno de los libros con que llenan sus Bibliotecas Públicas y las de sus Universidades, postergándonos y presentándonos como pueblo primitivo y conquistable, para que todo colombiano tome en serio el estudio de los problemas de nuestra educación y determine encararlos y resolverlos.

Encontramos que nuestros males son colombianos y que provienen de nosotros mismos, pero hemos querido y estamos empeñados en querer todavía importar curanderos yanquis, ingleses, alemanes, etc., cuando nuestra misión es curarnos nosotros mismos, y no permitir, bajo ninguna causa, que se importen más enfermedades a nuestro pueblo. Si el mal está en casa, si toda la familia está enferma y si nosotros solamente sabemos por qué y de qué estamos enfermos, debemos buscar y obtener también el médico en nuestra casa. El extranjero no es ni será, por mucho tiempo, en nuestros pueblos aun embrionarios política, industrial y socialmente, el modelador de nuestra cultura, nuestro carácter cívico y nacional y de nuestra independencia económica. Éste será únicamente, si lo sabemos absorber o asimilar, un factor auxiliar para engrosar el haz de nuestras fuerzas físicas y científicas, y un componente más que habrá de vitalizar y hacer más salutar, el líquido de la fuente en que habrán de abreviar intelectual y étnicamente, las generaciones de nuestras futuras nacionalidades.

Hay en Colombia, indudablemente, un buen número de maestros e intelectuales de todo género, muchas y magníficas ideas en el campo pedagógico y educacional. Ideas que si se pudiesen adaptar a nuestra enseñanza, o mejor dicho, si nuestra enseñanza se pudiese adaptar o basar en ellas, serían suficientes para endilgar nuestra Instrucción por derroteros salvadores, y para curar de una vez y para siempre, la gripe rutinaria, antievolutiva y casuística de que han padecido desde su nacimiento y padecen aún nuestro Plan de Estudios y nuestros sistemas educacionales.

Sin gran trabajo podemos observar que bajo los ropajes de nuestra instrucción encienque, hay fecundas venaciones por donde circula cada día con mayor profusión y salud el líquido renovador que, a manera de suero vital para el cuerpo, habrá de filtrarse a la postre en el alma de todos nuestros centros de enseñanza, en la mente y en el corazón de nuestra juventud y de nuestra mujer, y en la médula pensante de todos nuestros educadores y letrados; para hacer de Colombia una nación rica, moderna, libre y fuerte en todo sentido. La lucha ha sido, y será todavía, por algún tiempo, intensa entre los elementos progresistas y retardatarios en nuestro país. La recrudescencia de esta lucha ira decreciendo solamente, a medida que el beneficio de la enseñanza útil y racional se vaya difundiendo por todos los rincones apartados de Colombia, y a medida que el libro, el periódico, la expresión de conciencia, la ambición sana y el deseo de saber, se democratizan; es decir, se hagan comunes y necesarios para todos.

La pugna y la tensión entre estas dos fuerzas antagónicas, no deben, por razón alguna, ser causa de zozobras y de malas interpretaciones. El triunfo de los nuevos principios y reformas debe significar para nosotros solamente, el advenimiento de un nuevo sol para Colombia. Este triunfo traerá consi-

go la muerte definitiva de nuestros odios partidaristas, y la suspensión absoluta del desgaste físico, intelectual y económico de nuestro país, en contiendas demagógicas y personalistas, y la conjuración de las revueltas sangrientas, intestinas e internacionales, que tan caro nos han costado.

La instrucción obligatoria y general para el pueblo colombiano se impone y es indispensable. Retardarla por más tiempo, sería a la vez un crimen y un suicidio para Colombia.

La educación del pueblo colombiano bajo los principios científicos, políticos, económicos y sociales modernos, destinados a cristalizar formalmente en el siglo xx, significaría la creación en nuestro país de una verdadera conciencia nacional, en sus tres formas esenciales, a saber: *Eficiencia, Patriotismo e Independencia*. Sólo educando de esta manera, podremos esperar que cada hijo de Colombia, sea primeramente colombiano; y después liberal, conservador, socialista, pobre, rico, comunista o aristócrata.

La misión del presente gobierno de Colombia es iniciar abiertamente esta cruzada, y patrocinar económica, moral y políticamente, la plantación y difusión general de este trigo *candeal*. Si esto no se hace, y si, por el contrario, se obstaculizan y se persiguen los plantadores de esta semilla renovadora—como hasta hoy se ha hecho—entonces continuará Colombia con su *cojera*, más crónica y más peligrosa cada día. Si el gobierno del doctor Olaya Herrera ignora, como otros de nuestros gobiernos han ignorado, que la autonomía, fuerza y vida de un pueblo dependen primordialmente de la calidad de la instrucción y de la proporción en que ésta se difunda, en razón directa al número de sus habitantes, entonces se complicarán cada día más y más los problemas políticos, económicos y sociales de Colombia, y no habrá razón para culpar a la juventud, a las masas y a los elementos avanzados que protesten, aboguen, formulen y se apresten a implantar planes e ideas que puedan producir abruptamente conflictos internos y afectar nuestras obligaciones internacionales. No hay duda que los colombianos no consentirán más tal inacción y negligencia y que, en vista de los peligros y de la presente intranquilidad universal, apelarán a todos los medios que crean obvios para la salvación del país.

El tiempo es propicio; el surco está preparado y poseemos la preciosa y renovadora semilla. Sólo resta que nuestros maestros, mentores y demás colombianos capacitados, se apresten a la siembra, y no permanezcan por más tiempo (aplicando aquí las palabras de don Miguel de Unamuno), «Como aquellos médicos que dejan morir al enfermo por miedo de matarle, o le matan por miedo a que se les muera».

### Plan de reformas

No me es dable ni es mi propósito formular en detalle, en el cuerpo de esta tesis, el plan de reformas que hemos de implantar en la Instrucción Pública de Colombia. Este sería trabajo y obra complejos y extensísimos que requeriría muchos artículos, y, quizás, varios libros. Además, esta es una obra que, para que sea buena, completa y eficiente, necesita el concurso de los mejores pedagogos, científicos e intelectuales de nuestro país. En esta obra magna sólo puedo y sólo deseo ser un humilde colaborador. Este plan de